

La niña de los fósforos

Hans Christian Andersen





<https://cuentosinfantiles.top>

Hacía un frío terrible. Nevaba y empezaba a caer la noche; la última noche del año, la víspera de Año Nuevo. En medio de tanto frío y de tanta oscuridad, deambulaba por las calles una niña muy pobre, la cabeza descubierta y los pies descalzos; cierto es que al salir de casa llevaba unos pantuflos puestos, pero ¡de bien poco habían servido! Eran tan enormes que la última en llevarlos había sido su madre, y la pequeña los había perdido al cruzar la calle al paso de dos carruajes que iban a galope tendido. De uno de los pantuflos no se volvió a saber más y el otro se lo llevó un chiquillo diciendo que le serviría de cuna para sus hijos cuando los tuviera.

Ahora la niña iba descalza y con los piecitos amoratados de frío. En un viejo delantal llevaba unos cuantos fósforos y sostenía también un puñado en una mano. Nadie le había comprado nada en todo el día. Nadie le había dado una triste moneda. Caminaba hambrienta, aterida de frío, y ¡con un aire tan abatido! Los copos de nieve iban cayéndole sobre los largos cabellos rubios, que por detrás se rizaban en hermosos tirabuzones; aunque

ella no reparaba en tales adornos. Todas las ventanas estaban iluminadas y hasta las calles llegaba un aroma delicioso a ganso asado. Claro, era la víspera de Año Nuevo, pensó.

En el rincón que formaban los muros de dos casas contiguas, una más adelantada que la otra, se acurrucó con las piernas encogidas. El frío arreciaba, pero no tenía valor para regresar a casa; como no había vendido un solo fósforo, no iba a llevar siquiera una moneda y su padre le pegaría. Además, en casa también pasaban frío, pues era poco más que un techo bajo el que cobijarse y, aunque habían rellenado con paja y trapos las grietas más anchas, dentro también gemía el viento. Tenía las manitas casi muertas de frío. ¡Ay! Qué agradable sería encender un fósforo. Si se atreviera a sacar uno del manajo, frotarlo contra el muro y calentarse los dedos... Escogió uno y ¡ras!, ¡cómo chisporroteaba, cómo ardía! Al rodearlo con la mano, sintió el calor de la llama, que brillaba como una lamparita. Era una luz muy extraña. La niña creyó encontrarse frente a una estufa enorme y reluciente, con sus bolas de

latón y su cilindro. El fuego ardía que era una bendición, ¡cómo calentaba! Pero ¡no!

¿Qué sucedía? La pequeña ya arrimaba los pies para sentir el calor cuando... adiós, llama. La estufa se esfumó y allí quedó la pobre, con un pedacito de fósforo consumido en la mano.

Encendió otro, que también ardió y brilló, y que al proyectar sobre el muro su fulgor lo volvió transparente como un velo de gasa. La niña vio una sala con la mesa servida; el mantel era blanquísimo y la porcelana, de la más fina; el ganso, relleno de ciruelas y manzanas, despedía un aroma delicioso y, lo que es más extraordinario, asado y todo bajó de la mesa de un salto y se contoneó por el suelo con cuchillo y tenedor aún clavados a la espalda. Pero una vez al alcance de la pobre niña... el fósforo se apagó y no quedó más que el muro, grueso y frío.

Encendió uno más. Entonces se encontró a los pies del más maravilloso de todos los árboles de Navidad, más grande aún y más adornado que el que había entrevisto a través de los cristales en casa del rico comerciante las navidades pasadas. En sus ramas verdes ardían

miles de velas, e imágenes de colores como las que decoraban los escaparates se asomaban a mirarla. La pequeña alzó las manitas... y entonces se apagó el fósforo. Cuando las luces de Navidad se perdieron en el cielo, comprendió que eran las estrellas. Una de ellas cayó, dejando una larga estela de fuego en el firmamento.

—¡Ha muerto alguien! —exclamó la niña, pues su abuela, la única persona que la había tratado bien en esta vida, antes de expirar le había explicado que, cuando cae una estrella, un alma sube con Dios.

Volvió a frotar contra el muro un fósforo que lo iluminó todo y a su luz vio a su anciana abuela rebosante de claridad, de brillo, de ternura y de paz.

—¡Abuela! —gritó la pequeña—. ¡Oh, llévame contigo! ¡Sé que cuando se apague el fósforo te irás muy lejos, como la cálida estufa, el delicioso asado y ese árbol de Navidad tan grande y tan hermoso!

Y, para retenerla, se apresuró a encender el resto de los fósforos del manajo, que brillaron

con más intensidad que la luz del día. La abuela nunca había sido tan hermosa, tan grande; levantó a la niña en sus brazos y las dos, envueltas en fulgor y en dicha, volaron alto, muy alto, hasta donde no existe el frío, ni el hambre, ni el temor. Estaban con Dios.

La fría madrugada encontró a la niña en su rincón, las mejillas encendidas y una sonrisa en los labios. Muerta, muerta de frío en la última noche del viejo año. La mañana de Año Nuevo amaneció sobre el pequeño cadáver, que sostenía un manojito de fósforos casi consumido. Quiso calentarse, dijeron. Nadie llegó a saber toda la belleza que había visto ni en medio de qué esplendor ella y su abuela habían salido al encuentro de la dicha de Año Nuevo.

FIN



